

el Imperio, y un decreto inspirado por el espíritu realista de la Asamblea de Versalles, devolvieron sus grados en el momento mismo en que Francia estaba herida y el suelo nacional invadido y desmembrado. Debióse mirar mucho el regreso á Francia de regios ó imperiales príncipes, cuyos nombres suponen ciertos privilegios de nacimiento y envuelven ciertas amenazas á la República; pero una vez instalados en paz, corriase riesgo, y gravísimo, de sublevar la opinion expulsándolos á todos por la falta ó la voluntariedad de uno solo. Así, las dificultades surgian por todas partes; y el proyecto, aunque no tuviera tan señalado carácter de injusticia, tenía carácter de inoportunidad. Pero el Ministerio, en vez de considerar esto, presentó á su vez otro proyecto, á virtud del cual quedaba por completo en sus facultades, algun tanto arbitrarias, el rayar ó no á los príncipes de los cuadros del ejército y el despedir ó no á los príncipes de los dominios del Estado: término medio henchido de dificultades inenarrables. Así es que todo el partido radical se levantó en la izquierda, y todo el partido moderado en la derecha del Parlamento; aquél por parecerle tal proyecto sobradamente conciliador, y éste por parecerle tal proyecto sobradamente radical. Y los dos Ministros de Guerra y Marina declararon que no podian continuar en sus puestos, si los príncipes de

Orleans eran dados de baja en el ejército. Y entre tantas perplejidades, el Ministerio todo ha caido y el Presidente le ha aceptado una dimision total, que viene á reabrir las pavorosas crisis, á cuyo término se halla necesariamente un triste y nuevo enflaquecimiento para el Estado democrático y para su ántes fuerte y compacto y pujante partido, una nueva y triste atonizacion. Teniendo que salir por algun lado, el Presidente decidió en su angustia dar la jefatura del nuevo Consejo de Ministros al Ministro de la Gobernacion, M. Fallières, y monsieur Fallières dió las carteras de Guerra y Marina, en su apuro, al primer diputado civil que le cayera en gracia. Por fin lo libertó de tal eventualidad, por lo que á Guerra se referia, el hallazgo de un militar como el general Thibaudin.

¡ Doloroso espectáculo! Áun aquellos que más lo habian previsto, no pueden acostumbrarse á él, ni someterse al conjunto de fatalidades que lo han traído. La desercion de los elementos conservadores, empeñados en matar la República el diez y seis de Mayo, trajo la supremacia del partido radical, empeñado en exagerar la República despues de su victoria. Ni los conservadores se habian penetrado de que fuera de la República toda conservacion era imposible, ni los radicales se habian penetrado de que fuera de la conservacion era imposible la República. Tomaron éstos en labios la

palabra reforma; y como tal palabra sólo contenía vaguedades, cayeron en la incertidumbre, resultado propio de la vaguedad, pero resultado nefástico á toda política. Constreñidos por su imprudencia incurable á hacer mucho, muchísimo, cuando no tenían que hacer nada, sino conservar la victoria, rompieron en guerra con la Iglesia y con las asociaciones religiosas. En esta guerra, no solamente ofendieron un grande instinto, al cual hay que atender mucho en los pueblos de educación católica, sino que violaron sus propios principios: la libertad de enseñanza y el derecho de asociación. Mas no era esto lo peor que tenía su conducta; lo peor que tenía tal política era la consecuencia fatal de dar alas al elemento más pernicioso para las Repúblicas, al elemento demagógico. En tan crítica situación vinieron las elecciones; y el ministerio Ferry, que sólo podía presentarse á ellas con el título de sus violencias, las dejó al arbitrio de los electores sin hacer lo que hacen los grandes parlamentarios británicos; constreñir al cuerpo electoral á que vote sobre un programa claro, y á que se decida entre la oposición y el Gobierno. La falta de propósito claro arriba, engendró abajo tales confusiones, que para comprenderlas no hay sino estudiarlas en las salidas contradictorias de la Cámara. Gambetta pudo remediarlo todo por su autoridad propia nacida de su nativo ascendiente;

pero Gambetta creyó alcanzarlo variando el método de las elecciones, sin comprender que se necesitaba cambiar el conjunto de la política. Se derrumbó Gambetta, y vino Freycinet bajo los mejores auspicios; pero su indecision debilitó el Estado sin fortalecer la libertad.

Entonces cayó Francia en la peor de las situaciones, en la más parecida por nuestro infortunio á la situación del Directorio, en unas Cámaras sin norte ni disciplina, encabezadas por un Gobierno sin política y sin autoridad. Y contra este Gobierno todo lo han creído posible los demagogos, como se ha visto en las terribles perturbaciones de Monceaux-les-Mines; y todo posible los pretendientes, como se ha visto en las audaces proclamas del príncipe Napoleon. Y la Cámara, sin norte, se ha despeñado por un abismo sin fondo; y el Gobierno, sin política, ni ha sabido disciplinar las impaciencias de la Cámara ni contener y destruir las maniobras de los pretendientes. ¡ Ah! El partido republicano acaba de dividirse y atomizarse; ¿ por quién? ¿ por qué? Parece imposible; por los pretendientes. Conjurado contra sí mismo y caído en una demencia suicida, no comprende cómo su loco proceder muestra debilidad en la República y fuerza en la Monarquía. Entre todas las cuestiones suscitadas por los radicales franceses, ninguna en que hayan tenido tanta razón como

en la cuestion de los príncipes. Sí, aquellos que fueron reyes de un país libre, no pueden ser, no, en ese país por mucho tiempo ciudadanos. Los Estuardos no lo han sido en Inglaterra; los Borbones no lo han sido en Francia; los Módenas y los Estes no lo han sido en Italia; los Hannovers no lo son en Prusia; ni D. Carlos y los suyos en España. Pero el dón de los políticos es la oportunidad; y la medida contra los príncipes no podia ser más inoportuna y por consecuencia más peligrosa, puesto que da muchas alas á quien más conviene cortárselas, al partido demagógico. Y esta inoportunidad ha consumido ya un Ministerio y ha abierto una nueva sima entre las dos Cámaras. Haga cuanto quiera M. Grevy, para llegar hasta el término legal de su presidencia no tiene más remedio que componer un gran Ministerio conservador, y con este gran Ministerio presentarse resuelta y decididamente al juicio de los comicios, para que renazca la fórmula de salvacion única posible, la República conservadora.

Nada más difícil de comprender que la dichosa cuestion de los Príncipes, tal como se discute y dilucida en las Cámaras francesas. Problema esencialmente político, este problema no puede resolverse á derechas, y en conciencia, sino despues de un largo juicio contradictorio sobre las circunstancias y de una grande apreciacion de los peligros.

Si, como nosotros creemos y como nos ha confirmado todo el debate, la República tiene tal fuerza en Francia que definitivamente ha concluido para ella el período tempestuosísimo de las guerras civiles, toda medida de ostracismo contra cualquier pretendiente y de excepcion contra cualquier partido, como falta de base que la sustente y de razon que la justifique y abone, cae por el suelo indefectiblemente á impulsos de su propia pesadumbre, sin alcanzar sino agitaciones convulsas y estremecimientos epilépticos, tan dañosos á la salud general de las naciones como á la salud de los individuos, que unas y otros han menester para vivir bien el dominio de la razon y de la conciencia sobre sus pasiones irreflexivas y sobre sus ciegas fuerzas.

La verdad es que al tercer ensayo de República democrática y liberal correspondia mayor madurez y juicio más sesudo en los republicanos franceses. Así como nuestro ideal ha perdido en la experiencia una parte de sus factores y componentes utópicos, nuestra conducta en el gobierno ha debido perder, á su vez, una parte considerable de aquellas irreflexivas impaciencias y de aquellos súbitos arrebatos que aquejan á los apóstoles y á los mártires. Los golpes de Estado no han proveenido jamas de gentes destituidas de todo poder público y toda oficial autoridad. Lo mismo el diez

y ocho de Brumario que el dos de Diciembre, la República pereció á manos de los constituidos por las leyes para defenderla y para salvarla. Si Napoleon I no hubiera tenido el mando absoluto de la guarnicion parisiense, al perpetrar su terrible hazaña, y Napoleon III no hubiera tenido la jefatura del Estado, por el sufragio universal confiada entónces á su lealtad, ni uno ni otro lograrán más resultado que afean con un motin pretorianesco nuevo los males de su patria. Príncipes destituidos de toda posicion oficial; confinados en sus castillos, guarniciones y academias; sin asiento siquiera en las Cámaras y sin ninguna fuerza, ni burocrática, ni política, ni militar; príncipes caidos y olvidados, no podian amedentrar más que á esta Cámara, herida por el pánico y desconocedora de que la República sólo tiene un escollo en sus caminos, la exageracion y la violencia de los republicanos, á quienes pide con grandes instancias el cargo que tienen y el oficio que cumplen una prudencia y una mesura y una calma, sin las cuales perderíanse indefectiblemente, hasta los mayores estadistas, en demente y maldecido suicidio.

Lo cierto es que las dos Cámaras han llegado, por culpa del problema de los Príncipes, á un dissentimiento profundísimo, y que tal dissentimiento profundísimo puede traer, tarde ó temprano, una irreparable catástrofe. La República seguramente

ha menester un Presidente, un Senado con facultades propias, una Cámara popular emanada genuina y directamente del sufragio universal. Si alguna de las tres ruedas falta, la máquina cae sin remedio en profundo abismo. Así es que no cabe detenerse á considerar si la Cámara baja se ha mostrado en este conflicto demasiado impetuosa y la Cámara alta demasiado intransigente; lo que apenas con amargo dolor á todos los corazones republicanos es la tristísima consideracion de que una disidencia irreconciliable ha surgido entre las dos Cámaras, y llevado las cosas políticas á términos de suprema y triste angustia. Recógense á manos llenas los síntomas alarmantes. El comercio parisiense, protestando con firmeza de su adhesion irrevocable á la República, dirígese al Presidente y clama por la estabilidad en bien de las transacciones mercantiles y en provecho del trabajo y de la industria. Pero los radicales de la Cámara, los oradores exaltados, como Camilo Pelletan y Madier de Montiaut, piden á voz en cuello, no sólo medidas contra los Príncipes, sino represalias contra el Senado. Miéntras tanto, en el municipio de París, un regidor demagogo, á quien acaban de apalear otros demagogos mayores por moderado, Mr. Joffrin, presenta nada ménos que una medida tendente á reivindicar para el municipio cierto derecho indirecto de gracia, que debiera ejercerse

hoy en pro de los condenados por las últimas perturbaciones socialistas. ¡Ah! No hay que ocultarlo. Todos estos hechos, coincidiendo con una constante agitacion febril, traen á mal traer el Gobierno republicano y lo arrastran por pendientes pavorosas. La discusion del Senado apena por lo vehemente y apasionada. Miéntras Challemel-Lacour, el antiguo amigo de Gambetta, conmina, con el mal humor propio de su temperamento, á los moderados para que voten de alguna manera la ley excepcional, éstos, recludos en su intransigencia, rechazan toda concesion que no esté basada en principios universales de justicia y de derecho. Inútilmente han amenazado los radicales á los conservadores de la Cámara alta; la decision de ésta, en último extremo, ha sido irrevocable, y el conflicto ha quedado en toda su insana fuerza y en toda su triste verdad.

Una política sin brújula debia dar diariamente un conflicto sin solucion. Ya estamos en él, y es necesario salir, á toda costa y á toda prisa, con honor y sin detenerse para nada en lamentaciones pueriles. Hay dos políticas que seguir en Francia: una de conservacion y otra de movimiento. La política de conservacion es al par una política de libertad, y la política de movimiento es al par una política de dictadura, siquier se tienda por tradiciones añejas á que tal dictadura la personifique y

ejerza una Convencion soberana. La política de conservacion verdadera, en cuyo seno se halla implícitamente contenida la libertad completa, está representada por los demócratas templados de uno y otro Cuerpo Legislativo; y la política de movimiento, en cuyo seno se halla implícitamente contenido el autoritario antiguo jacobinismo, se halla representada por los republicanos radicales é intransigentes. No he menester decir yo, y ménos á mis lectores de siempre, cuál prefiero entre las dos políticas. Pero no se trata ya en Francia, dada la situacion del Gobierno democrático, no se trata de calificar esta ó la otra política, sino con prontitud de optar por alguna. Sí, hay algo peor que todos los errores, y es la incertidumbre; hay algo más triste y más nefasto aún que la dictadura, y es la anarquía en la impotencia. Elija, pues, el presidente Grevy, con la resolucion propia de su responsabilidad, el camino que ha de tomar en estas circunstancias gravísimas. Cualquiera que tome ha de dar por necesidad en la disolucion del Parlamento frances tal como hoy está constituido. Ni la política de libertad ni la política de autoridad tendrán mayoría en ese confuso Congreso de Diputados. Y podremos ir á unas próximas elecciones, para preguntar á Francia qué piensa, quiere y siente sobre la política mejor dentro de la República, institucion fundamental fuera ya de liti-

su seno todos los problemas orientales. Principalmente al acercarse al mar Negro y convertirse por el caudal y la extension de su curso en verdadero brazo marítimo, se acrecientan las complicaciones y las dificultades, ya innumerables. El Austria, en nombre de la universalidad de Alemania, se abroga una especie de dominio eminente, que ofende á pueblos tan celosos de su independenciam como los principados ribereños; y Rusia, poseedora del brazo que forma la desembocadura del Kilia, pretende sobre tal porcion del inmenso curso fluvial un poder absoluto. Colocada Rumanía entre las pretensiones de Rusia y las pretensiones de Austria, inclínase por necesidad á las que le son ménos dañosas, unas veces á las de Rusia, para contrastar al Austria, y otras veces á las de Austria, para contrastar á Rusia, puesto que si una le detenta de antiguo la Transylvania, incorporada con el reino húngaro, acaba de arrancarle recientemente la otra su Besarabia, definitivamente reunida por la violencia y por la victoria con el Imperio moscovita. Viéndose disminuida Rumanía en la conferencia de Lóndres, congregada para cumplir el tratado de Berlin último, en sus relaciones con la navegacion danubiana, se llama tristemente á engaño y pide, no sólo voz consultiva, sino voto eficaz, para contrariar las ingerencias de Austria. La política de nuestra Europa, de la Europa mo-

derna, pide y necesita el paso libre por las aguas fluviales, como el paso libre por las aguas marinas. Ciertamente que toda la region alemana, para su desarrollo y para su defensa, debe cuidar esa vía moviente, la cual abre á su actividad el comercio con Asia, en general, y especialmente con Persia; pero hay muchos intereses políticos, estratégicos, mercantiles, territoriales, empeñados en la extensa línea del Danubio, para que pueda consentir Europa el predominio de ninguna gran potencia, y mucho ménos la facultad arbitraria de cerrar como muralla de la China líneas tendidas por Dios para la libertad entera de las comunicaciones y la relacion estrecha entre los pueblos. La raza esclavona y la raza germánica se disputan el predominio sobre las aguas del Danubio, pues que recaba la libre circulacion Europa.

Indudablemente, las cuestiones de Italia guardan ciertas analogías con las cuestiones de España. Elegida una Cámara por un sufragio recientemente ampliado, la democracia debia tener en ella representacion mayor que en las Cámaras anteriores. Y esta democracia por fuerza debia dividirse á su vez en dos fracciones, de las cuales una permaneciera fiel y constante al verdadero ideal democrático, á la doctrina republicana, y otra quisiera transacciones y armonías con el principio monárquico, puesto que ha tenido Italia necesidad

imprescindible de apelar á él para fundar su independencia y unidad. El Dr. Bertani se halla hoy á la cabeza de todos cuantos quieren la transaccion y desean democratizar la monarquía italiana sin quitarle sus atributos esenciales y sus caracteres históricos. No entraremos nosotros á dilucidar la oportunidad política de tal movimiento democrático; pero sí diremos algo sobre la manía de sus fundamentos. Los que hayan adoptado el nombre de demócratas deben saber que adoptan el principio de igualdad en derechos para todos los hombres, con el principio de amovilidad y responsabilidad para todos los poderes. Por consiguiente, democracia y herencia en el poder supremo, democracia y privilegio hereditario en la pública y principal autoridad, digan lo que quieran, tanto Bertani como los demas demócratas ecléticos, son dos términos de todo punto inconciliables. Ya sabemos que las circunstancias históricas por que hoy atraviesa Italia no pueden habilitarla de ningún modo al cambio inmediato de la Monarquía por la República; pero esta situación excepcional no puede autorizar un sofisma, ni mucho ménos cubrir con su sombra y justificar el error de los sofistas. Democracia quiere decir igualdad de todos en la libertad natural, con aptitud de todos para los cargos públicos, y como no hay medio alguno para separar nuestro cuerpo de nuestro espíritu sin

que provenga la muerte, no hay medio alguno de separar la democracia y la República sin que provenga el privilegio.

Ya, por fin, tenemos en Francia Ministerio. El autor del artículo séptimo contra la enseñanza libre, que tanto funestára la política francesa, vuelve á tomar la direccion de los negocios públicos en otra crisis difícil para las instituciones democráticas. Acompañale un general en guerra como Tibaudin y un diplomático en Estado como Chalmelle-Lacour. Ningun marino de profesion ha querido recoger la cartera de Marina, y se le ha dado á un riquísimo armador. Sea enhorabuena. Waldek-Rousseau, el orador fácil y pronto, desconocido hace algunos años y empinado al pináculo por su amistad con Gambetta, quien reconocia en él grandes calidades, muy semejantes á las suyas, toma la cartera de Justicia, difícil hoy, cuando todos piden reformas para la magistratura y nadie sabe ni cómo proponerlas ni cómo cumplirlas. Es lo cierto que recuerda esta reciente administracion los funerales de Alejandro, en que la legion de los lugartenientes se dividió un imperio engendrado y sostenido por el genio maravilloso y fugaz de tan excepcional conquistador. Los amigos de Gambetta se han repartido la política francesa. Para esto no han perdonado medio alguno, desde tomar por heredero de la jefatura insustituible á un Fer-

ry, quien fué poco acepto á Gambetta, por haber preferido á su amistad la de Thiers, hasta vejar al yerno del presidente Grevy, al diputado Willson, por suponerle inclinaciones á Freycinet y á los suyos. De todas suertes habíase llegado á una triste descomposicion general tan grande y á una extraordinaria anarquía tan profunda, que respira el ánimo fatigado al ver un Gobierno, sea como quiera, y ministros, sean los que quieran, al frente de un Estado sin direccion y sin guía.

El programa ministerial responde á los antecedentes de los ministros. Venidos á representar el desquite pronto y seguro, que cree la Cámara baja deber tomar de la Cámara alta, recuerda su resolucion de aplicar las leyes militares á los príncipes franceses, aunque para ello deba forzar su espíritu y desconocer un tanto su letra. Dada esta satisfaccion á las impacencias y á las supersticiones republicanas, pídeles en cambio disciplina y organizacion, á fin de recabar la iniciativa propia del Gobierno en la presentacion de los proyectos; iniciativa, la cual tendrá siempre, sobre la iniciativa de los diputados, el dón de la oportunidad. Tarde ha caido nuestro amigo Ferry en la cuenta de lo mucho que importaba satisfacer esta imprescindible necesidad. Cuando dirigió las elecciones de cuyo seno ha salido la Cámara hoy congregada en el Palacio Borbon, dijéronle cuantos se intere-

san por la República y por la democracia con vivo interes, como no hay cosa tan justa cual dejar á los electores su libertad absoluta; mas despues de haberles sometido un programa de política concreta, con lo cual no quedan abandonados á su instinto, sin saber ni en favor de quién ni contra quién, ó en favor de qué ó contra qué pronuncian sus votos y dan sus fallos. Digo del afan de tener mayoría sin haberla procurado en las elecciones, lo que digo del afan de seguir una política conservadora con medios radicales, con principios radicales, con estadistas radicales, con factores radicales, con un radicalismo completo en las ideas. Para seguir la política conservadora se necesita otro proceder diverso del seguido por los jacobinos con el clero, con el ejército y la magistratura. La República es el organismo conservador de una sociedad como la sociedad francesa que ha surgido de una gran revolucion y que lleva en su seno los primeros necesarios principios y los sacros intereses del espíritu moderno.